relatos de Dickens, ni en las historias de Poë, he visto de tal modo el miedo. ¡ Ah! ese pobre dueño de centenares de millones de hombres, ¡ cuán triste aparece temblando aun en compañía de su gran defensor, temblando sin causa, temblando siempre!

LOS GRANDES DUQUES

« El régimen por que se gobiernan, cobran y viven los miembros de la familia imperial es sencillamente monstruoso. Dentro de un estado indefinido é incoherente, la serie infinita de los grandes duques, con su lista civil, sus bienes inmuebles y sus funciones anexas, constituye otro estado. Son almirantes, son generalísimos, son superadministradores ó superinspectores, sin que los consejeros, los ministros, ni el propio zar, se enteren á veces de lo que en sus respectivos cantones ordenan y ejecutan.

A. Vicenti. »

Al día siguiente de mi llegada á San Petersburgo tuve la suerte de poder asistir, gracias á la recomendación de Nicolás Notovich, á uno de esos meetings secretos que la policía trata de ignorar con objeto de no hacer más odiosa y más complicada su perpetua vigilancia y su perpetua tiranía. No se trataba de junta subterránea, no, ni de asistencia tenebrosa. La sala era amplia. La concurrencia hablaba alto sin taparse el rostro. El objeto era protestar contra los grandes duques. Y uno tras otro hasta diez oradores desarrollaron el mismo tema á saber : que los tíos, los primos, los sobrinos del césar, son los verdaderos sostenedores de la autocracia, los verdaderos dilapidadores de la fortuna pública, los verdaderos inspi-

radores de las crueldades. Al terminar el meeting, votóse por unanimidad una orden del día redactada en francés, que decía literalmente:

« *Nous soussignés, nous declarons que toute tentative de reforme será innutile si elle n'a pas comme base la suppression des privilèges et de l'influence des grands ducs.* »

Y hoy ante el cadáver del príncipe Sergio, todo aquello toma en mi memoria una importancia trágica. Palabras como las que yo escuché, fueron sin duda las que determinaron este atentado. Los dinamiteros eran quizá dos de los que oían á mi lado los discursos.

Basta con ver una lista de grandes duques para comprender el poder de que disponen y el odio que inspiran. Son más de cincuenta. Todos tienen palacios que el pueblo paga. Cada uno de ellos es como un señor de horca y cuchillo en la inmensa feudalidad nacional. Juntos, forman el consejo verdadero del emperador. Y si el pueblo — el pueblo leal, el que no quiere revoluciones sino mejoras, el buen pueblo ignorante y optimista — les perdonaría con gusto lo mucho que cuestan, en cambio se muestra y se mostrará siempre inflexible ante lo mucho que influyen. En los centros obreros, corrientemente se dice: « Sin su familia el zar nos ayudaría. » Todos, en efecto, tienen por la pálida figura imperial un

profundo cariño. Los mismos revolucionarios le consideran irresponsable de los crímenes que en su nombre se cometen. Saben lo que pasa en palacio. Saben que su majestad es un melancólico prisionero que no conoce de la vida sino lo que sus guardianes le quieren decir; que ignora en absoluto la espantosa miseria de sus campos; que apenas tiene una idea vaga de los anhelos populares y que jamás ha leído uno de esos libros en los cuales los espíritus fuertes han expresado las aspiraciones del alma eslava. A este propósito, alguien, en una redacción petersburguesa, contábame una anécdota característica.

— Su majestad — decíame — tiene entre sus innumerables camareros uno que está encargado de leerle todo aquello que pueda interesarle. Naturalmente, lo único que este funcionario recibe, es lo que pasa antes por la censura. Pero, así y todo, se ve á cada momento en los mayores apuros, pues algún gran duque asiste siempre á sus lecturas. Hace pocos días, curioso de saber quién es ese Gorky por el cual se interesa el mundo entero, dió orden Nicolás II de que le buscasen algunos de sus libros. La noticia cayó como una bomba en palacio. ¡ Un libro de Gorky ! No; no era posible. Con su sensibilidad exquisita, casi femenina, el emperador se sentiría impresionado hasta el fondo del alma por tan intensas pinturas de miseria y quizás sus ojos querrían entonces abrirse á la luz. Sin embargo, la orden era terminante. Uno de los grandes duques,

Boris, tuvo al fin una idea. Cortó la portada de una novela de Gorky y se la puso á la traducción de un libro obsceno. El lector imperial cogió el tomo y empezó á leer las páginas soeces. Al cabo de media hora, Nicolas II le dió orden de callar y murmurando una oración, se alejó hacia su oratorio.

Otra anécdota importante es la siguiente, que Mme. Laurent refiere en su obra sobre Rusia. El emperador acababa de ser coronado en Moscú. Joven, deseoso de mejorar las condiciones políticas del país, convocó un consejo de notables. El primero que habló fué un polaco. « Señor — dijo — lo único que puede salvar al trono es una constitución. » Entonces, un gran duque se puso de pie, y gritó : « ¡ Tú mereces la horca ! » Los demás notables se contentaron con callar.

¿ Cuántos son los grandes duques ?

Yo conservo de la ceremonia celebrada en la iglesia de San Pedro y Pablo en el aniversario de la muerte de un emperador, la visión de un cortejo interminable. Allí estaban casi todos, pero este « casi », suprime la mitad por lo menos. ¡ Un « casi » ruso ! No importa. La cuarta parte basta para hacer ver que son legión. He aquí á Vladimiro. Es alto, garrido, suntuoso. Lleva la barba cortada como el emperador de Austria. Su título oficial es el de mariscal de campo, jefe de la guardia. Su uniforme brilla como una dalmá-

tica. A su lado, va Alexis, que hace lo posible por parecerse cada día más á su hermano el emperador Alejandro III. ¡ Claro !

Este parecido constituye su mayor tesoro. Cuando su sobrino trata de resistir á una de sus órdenes, frunce el entrecejo y calla. En el acto la emperatriz madre exclama : « ¡ Nicolás, contémplalo ; es como si tu padre acabara de revivir ! » Fuera de la corte, sus ojos no se enfurecen jamás. Es, en París y en Niza, el más regocijado vividor, y sus aventuras han servido á muchos fabricantes de comedias. Su palacio de Biarritz es un castillo encantado en el cual durante semanas enteras las luces no se apagan, las músicas no enmudecen y el champaña no cesa de correr en ondas alucinadoras. La historia de su perro enternece á las princesas de San Petersburgo. Un día tempestuoso, Alexis vió que un perro se echaba al agua en Biarritz y que salvaba á cuatro marineros. En el acto lo compró y desde entonces no se separa de él un instante. Sus admiradores dicen : « ¡ Qué bueno es ! » Pero hay maliciosos que pretenden que si ama tanto á su can, es porque en su calidad de gran almirante puede un día tener necesidad de echarse á nadar y entonces un compañero así es más útil que un icono. Durante la guerra actual, su intervención ha sido modesta y peligrosa. Oid esta historia inverosímil : « Habrá cosa de medio año, dos buques de la escuadra del mar Negro, violando los tratados, franquearon los estrechos, destapa-

ron los cañones que habían ocultado para tomar el aspecto de vapores mercantes, y se pusieron á ejercer el derecho de visita. Inglaterra protestó airadamente, y amenazó con perseguirlos á título de piratas. Gran consternación en San Petersburgo. ¿ Quién había autorizado aquella imprudencia, de que podía originarse terribles complicaciones? Ni él el ministro de marina, ni el de negocios extranjeros, sabían de ello media palabra. Su sorpresa era tan grande, como lo era la furia del Reino Unido.

Apuradas las cosas, porque Inglaterra no cejaba en sus amenazas, súpose al fin que había dispuesto la salida de los dos buques el gran duque, que desempeñaba y desempeña la suprema jefatura de la flota.

Dadas las explicaciones exigidas, el gobierno ruso, con infantil ingenuidad, comisionó á los ingleses para que si encontraban á los barcos autónomos, de cuyas andanzas no se tenía noticia en San Petersburgo, les entregasen una orden del almirantazgo intimándolos á regresar sin la menor dilación á sus primitivos fondeaderos. »

Después de Alexis y Vladimiro, el gran duque Miguel, tío también de Nicolás, es el oráculo militar. ¿ Acaso no fué él quien allá en la guerra gloriosa contra los turcos venció en Kaar y en Batum? Y así, cada semana, Kuropatkin recibe de su alteza luengos estudios sobre el mejor modo de destruir los ejércitos del micado. El gran duque Constantino, en cambio, desdeña la gloria de las

armas y se consagra á las letras, á las artes y al amor. Su hermano el zar Alejandro II, lo nombró presidente de la Academia de San Petersburgo. Pero sus compatriotas escritores ó pintores, le conocen menos que las parisienses de Folies Bergère y del Casino, entre las cuales pasa por uno de los más generosos protectores. Detrás de éstos, la falange de los primos y de los sobrinos se extiende á pérdida de vista.

El más detestado de todos los tíos del zar era Sergio, á quien un escritor que, por lo general, emplea un lenguaje muy suave, define del modo siguiente :

« Sergio, el desequilibrado, el beato, el que amparó al procurador del Santo Sínodo en todas sus cómicas intransigencias, había sacrificado centenares de estudiantes, entregándolos al furor de los cosacos ó deportándolos en masa á la Siberia, y recomendaba insistentemente á su sobrino, desde que se produjeron las manifestaciones escolares de 1904, el interdicto general de las universidades rusas. »

Odiado por los intelectuales y por los obreros, sabiendo que los mismos cortesanos tenían poca simpatía por él y que los ministros le eran hostiles siempre, trató de buscar en la religión un apoyo moral, y fué el gran inquisidor del imperio. Cada tres meses organizaba un viaje á Tierra Santa, obligando á formar parte de él á todos

aquellos que podían entorpecer la marcha de su política. Su mismo rostro tenía algo de ascético en su palidez, en su demacración, y, sobre todo, en el ardiente mirar de sus pupilas dilatadas. El destino habíalo marcado con un signo trágico. Donde él ponía su mano exangüe, la sangre corría en el acto. El fué quien organizó aquella fiesta popular del coronamiento de Nicolás II, en la cual el pueblo miserable, por llegar hasta el sitio en donde se repartían panes y salchichas, se amontonó en una plaza y dejó, al retirarse, cuatro mil ochocientos cadáveres. ¡Oh, aquel día! Con sólo ver el hacinamiento de los que habían muerto por comer, el zar nuevo hubiera podido comprender la pobreza, el hambre de su pueblo. Pero Sergio le dijo: « No es nada; unos cuantos contusos; borracheras » y el joven soberano fué el, dúnico que no conoció, que tal vez no conoce aún aquella matanza con que se inauguró su reinado. La policía hizo callar á los que quisieron levantar la voz hasta el trono. ¡La policía! En Rusia misma, que está desde hace siglos entre las garras le una policía inquisitorial, el gran duque Sergio espantó con su modo de organizar el espionaje. Su mayor trabajo, en el gobierno general de Moscú, consistió en oir á los que iban á darle cuenta de lo que se decía en la ciudad. Los intelectuales, sobre todo, eran objeto de una vigilancia especial. Cada semana, unos cuantos estudiantes desaparecían. Y resultaba inútil buscarlos. El señor de horca y cuchillo los odiaba á todos y diez-

mándolos así, poco á poco, figurábase matar la idea de libertad que germina en todo el imperio. Su fanatismo religioso hacíale odiar todo lo que es luz, estudio, libre examen. Con una crueldad sin ejemplo ni aun en la historia de España, expulsó de la metrópoli moscovita á los judíos, obligándolos á volver á pie, bajo el látigo cosaco, á sus pueblos lejanos de la Polonia natal.

Su muerte ha sido una venganza de los intelectuales. El asesino — el justiciero, como dicen los estudiantes — es un hombre instruído y patriota. Su declaración, escrita en francés, hace ver que al hacer desaparecer al tirano de Moscú no le guiaba ningún rencor personal.

El primer acto del emperador, al tener noticia del asesinato de su tío Sergio, fué llamar al gran duque Pablo, que se encuentra desterrado de la corte por haberse casado con una plebeya, y que vive en París.

Muy bien.

Pero puesto á perdonar, el césar clemente podría también acordarse de que otro tío suyo se encuentra aún desterrado, y no en París, no en un palacio de los Campos Elíseos, sino en el Asia Central, en Tachkent.

La historia del gran duque Nicolás Constantinovich es muy triste y muy novelesca. Joven, brillante, hermoso, tenía entre las damas de la corte un prestigio irresistible. La emperatriz

misma llamábale Don Juan y veía con malicioso regocijo sus aventuras. Un día, tres ó cuatro maridos ofendidos pusiéronse de acuerdo para vengarse de aquel seductor. Uno de ellos era « maestro de la policía secreta » y otro « chambelán de su majestad ». El tercero, nada menos que el yerno del prefecto de San Petersburgo. Aquí las versiones son muy variadas. Yo me limitaré á repetir la más autorizada, que es la de Sydacoff. Con el concurso de unas cuantas mujeres bonitas — dice — aquellos tres poderosos engañados se propusieron comprometer al gran duque, llevándolo á reuniones nihilistas, más ó menos auténticas. En su casa le pusieron, sin que él lo supiera, toda clase de folletos revolucionarios. El emperador comenzó por amenazarlo. Al fin, cuando un inspector descubrió enterradas en la biblioteca de Nicolás Constantinovich dos bombas de dinamita terminadas y otras cuantas en curso de fabricación, fué necesario arrestarlo y hacerlo juzgar por un jurado de nobles. Los testigos juraron todo lo que la policía quiso hacerles jurar. Su alteza fué declarado culpable y deportado.

DEVOCIONES RUSAS

No es adoración sino postración lo que hay en estas devociones rusas. Ante el icono que se yergue entre el oro del tabernáculo y el oro de las luces, ante el icono hierático y duro, San Trifón de blancas barbas, San Sergio pálido, ó San Nicolás de la hermosa frente, los cristianos se arrodillan con un temor infinito, temblando al hacer la señal de la cruz, temblando al murmurar las santas preces, temblando al golpear las losas con los rostros. Es que, sin duda, para ellos esos santos son los ministros de un Dios sin misericordia, vengador y justiciero, que azota y que destierra, y que es inexorable con aquellos que no lo adoran humillándose. El ejemplo para el pueblo viene de arriba.

Los grandes duques, en las ceremonias religiosas, oran, se estremecen y se postran como el más mísero mujik. En la calle, al pasar frente á las capillas, los militares se santiguan, descubriéndose bajo la nieve. Y las capillas abundan. En cada esquina hay dos ó tres consagradas á los santos del barrio. De lejos lucen, cual kioscos incendiados, en la apoteosis perpetua de los cirios y de las lámparas. La riqueza de las imágenes es extraordina-